

Condicionantes sociológicos de la religiosidad de los jóvenes (II)*

Por Julián LOPEZ GARCIA **

PARTE II.—Descriptiva y análisis de algunos condicionantes sociológicos y su repercusión en la religiosidad y en la fe de los jóvenes

Ofrecemos a continuación una reflexión sociológica sobre los condicionantes básicos de origen social, que tienen una repercusión profunda en la vida religiosa del joven; intentan mostrar cómo accede este joven actual a la fe y cómo puede vivirla y expresarla existencialmente de un modo válido.

Los condicionantes sociológicos que ofrecemos son sólo una selección de ellos, como es natural. Creemos, sin embargo, haber escogido los que estimamos ir más a la medula del problema para explicarnos la situación religiosa de la juventud.

La exposición de estos condicionantes la damos en forma de análisis o reflexión sociológica, que supera la enunciación o explicación de un dato o de un solo estudio. Sin embargo, esta reflexión descansa y es fruto de numerosos estudios e investigaciones empíricas, especialmente elaborados sobre la juventud, o de estudios generales en los que la correlación de edades siempre es obligada y en los cuales hemos intervenido a lo largo de estos últimos siete años, dentro de nuestro Departamento de Investigación Socio-religiosa (D. I. S.); fruto también de nuestras experiencias y contactos personales con la juventud española y extranjera y con otros sociólogos y especialistas de la juventud.

(*) Cfr. REVISTA DE FOMENTO SOCIAL, núm. 111, julio-septiembre 1973, págs. 295 y sigs.

(**) Del Departamento de Investigación Socio-religiosa (D. I. S.) de Fomento Social.

La juventud (como se ha podido entrever en la aproximación sociológica que acabamos de realizar) (2) es un fenómeno amplio, difícil, original y complejo y, a veces, desconocido o simplificado; por esta razón, esta reflexión se ve forzada, por honradez científica, a situarse en sus conclusiones, y algunas veces incluso en la exposición, dentro de lo que es siempre conjetural e hipotético.

Esto no impide, sin embargo, más aún, nos obliga, a acercarnos a la realidad de la juventud y a presentar estos condicionantes sociológicos; al ver incidir éstos en la vida del joven, se manifiestan ya unos modelos de acción a los adultos (no normas definitivas) de cómo acercarse a la juventud en la presentación del mensaje cristiano y de cómo valorar los comportamientos juveniles ante el hecho religioso en general.

1. El peso de una sociedad marcadamente empírica en la persona del joven

Hace mucho tiempo que sigo con atención el curso y la evolución de la juventud, tanto en España como en el extranjero. Incluso en dos ocasiones, y por varios meses, me he desplazado en estos dos últimos años a los Estados Unidos para tener contacto con este tipo de juventud, que se encuentra entre las más seriamente estudiadas del mundo, y así poder verificar en la práctica y en contacto con ellos lo que tanto se escribe sobre estos jóvenes.

El poder creativo de la juventud era uno de los temas que más me interesaba verificar. Fue en una larga conversación con el sociólogo norteamericano Joseph P. Fitzpatrick, de la Universidad de Fordham (Nueva York), donde comprendí que el poder creador es patrimonio casi exclusivo del mundo adulto. Sin embargo, son los jóvenes los que tienen el poder de descubrir y captar con más rapidez aquello que es nuevo y creativo en la sociedad. Los jóvenes poseen, a la vez, la fuerza y la dinamicidad de comprometerse con las nuevas realidades y de ser portadores y difusores de ellas. Serán, antes o después, los adultos los que formulen lo que la juventud intuye y siente, pero el poder de descubrir, discriminar y dar a conocer las grandes realidades que hacen avanzar al mundo (y que han sido descubiertas generalmente por una minoría de adultos), en gran parte, son patrimonio de los jóvenes.

Lo que transforma a un hombre y a una sociedad radicalmente es el cambio de la jerarquía de valores. Los sociólogos especialistas en los valores Kluckhohn y Etrodtbeck afirman que, en realidad, pocos valores nuevos aparecen en una sociedad; un cambio de valores equivale a una transformación en la jerarquía de los valores

(2) Cfr. REV. DE FOMENTO SOCIAL, núm. 111, págs. 295 sigs.

más que a una creación de nuevos valores (3). El mundo empírico de los hechos y de los valores están íntimamente ligados. Los jóvenes viven con más intensidad el mundo de los hechos (no el de las ideas); son los que se sienten más afectados por los hechos de los nuevos descubrimientos actuales, numerosos en cantidad, importantes en su cualidad y rápidos en el tiempo en que se han conseguido. Estos hechos (y, repetimos, no primariamente las ideas), que se imponen por su misma evidencia y verdad al hombre, y consecuentemente, al joven, son tan grandes en la cantidad y en la calidad y tan breves en el espacio y en el tiempo de su descubrimiento, como acabamos de decir, que la escala humana de valores se ve forzada al cambio; no goza, como antaño, de una situación de equilibrio. Una nueva jerarquización o escala de valores aparece dentro del orden social, y son los jóvenes, carentes en sus vidas del lastre de la antigua escala de valores, los primeros que se colocan dentro de la nueva sociedad. Los antiguos valores generalmente no se destruyen, como a veces se piensa, sino que se resitúan, y este fenómeno tiene como consecuencia transformar el mundo axiológico, ideológico y objetivo del hombre. En otras palabras, al cambiar la jerarquía de valores, el cambio afecta al mismo hombre, a su relación con el mundo y, consecuentemente, a la visión, comprensión y relación que el hombre vive con Dios. Este cambio es vivido con una intensidad primordial por algunos miembros del mundo adulto y, ciertamente, por la casi totalidad de la juventud minoritaria o típica, de la que antes hemos hablado, en la que se mira el resto, o la masa, de los jóvenes.

El descubrimiento intenso, cualitativa y cuantitativamente hablando, de los nuevos hechos que se imponen con su propia verdad y evidencia al joven, y al hombre en general (no primariamente por las nuevas ideas), tiene su origen en el poder físico e intelectual del hombre aplicado al mismo hombre y a la naturaleza; en otras palabras, el hombre de la nueva sociedad y el joven *a fortiori* tienen conciencia de haber dado mediante la **ciencia** con la clave de los hechos y han tomado conciencia, a la vez, de poder resolver mediante la **técnica** los problemas que le plantea la realidad.

El tipo de hombre que se perfila en la sociedad tecnológica, dentro del cual se sitúa al menos la minoría típica o privilegiada de los jóvenes, está determinado por estos condicionantes; hay que tener en cuenta que estos condicionantes o maneras de ser del hombre no son buenos o malos por sí mismos, sino diferentes de los condicionantes que han afectado al hombre de la sociedad precientífica o al de la sociedad industrial inmediatamente anterior a la sociedad tecnológica.

Un primer condicionante del joven y del hombre de hoy es, pues, la mentalidad empírica, que sitúa en la experiencia consta-

(3) Guy Rocher: *Introducción a la Sociología General*, Herder, Barcelona, 1973, pág. 78.

table una de las principales fuentes de nuestros conocimientos y valores. Esta mentalidad, que ha sido siempre o ha podido ser minoritaria en el curso de la historia, hoy tiende a invadir la conciencia del joven y del hombre moderno. Por lo tanto, el joven de nuestro tiempo tendrá facilidad para poder partir en la vida a través de los **hechos válidos** y tendrá dificultad en construir su vida a partir de ideologías abstractas y no verificables. Así también, será reticente en admitir con facilidad los sistemas ideológicos que tratan de explicar y dar sentido al hombre y su acción, por muy autorizadamente que estos sistemas se promulguen. Estas son realidades que se le ofrecen al joven, que él las acepta como un valor, y estos valores comienzan a informar y motivar su pensamiento, su conducta y su acción.

Este condicionamiento humano vital de la mentalidad empírica afecta directamente a las actitudes religiosas del joven. Es la realidad de los hechos verificables cristianos, la fe vivida, lo que moverá al joven. Cobrarán para él un segundo puesto los aspectos cognitivos y noéticos de la religión, y tendrán preferencia los aspectos existenciales y constatables que tocan a las conductas y actitudes y al hecho de nuestra conversión. No hay nada heterodoxo en estos valores, ya que lo que realmente cuenta para la salvación no es tanto el conocimiento de las verdades, por correcto y completo que éste sea, sino el hecho vital de la sumisión a Dios y la sincera preocupación por el prójimo, amado con desinterés, generosidad y autotranscendencia (que supera el propio egoísmo).

La **Lumen Gentium**, al incluir dentro del nuevo Pueblo de Dios a las personas sin un conocimiento y aceptación explícita de Jesucristo como salvador, nos recuerda que aun el ateo, si éste obra movido por el amor autotranscendente, se conforma de alguna manera al amor de Cristo, y que la gracia de Cristo opera en él. ¡Después de todo, los bienaventurados del juicio final (Mateo, 25) no sabían que Jesucristo estaba presente cuando se mostraron buenos con sus semejantes! Lo que importa no es lo que los hombres piensan, sino **lo que son**, y no lo que los hombres dicen, sino **lo que hacen** (4). Por tanto, un catolicismo de tipo ideológico y abstracto, basado en principios especulativos, o, más en concreto, una teología de tipo racional y que no descansa y parte de los hechos de la vida, encontrará en el joven de hoy una actitud de incompreensión, lejanía y despego, provocada por su manera de ser enormemente real y concreta y que tiende ciertamente a admitir la verdad y la idea, si ésta se funda y concuerda con los hechos y la experiencia de la vida.

La religiosidad del joven tenderá a ser prevalentemente horizontal; es decir, el joven tenderá a expresar la vivencia religiosa

(4) Véase Jesedes: **Un apostolado jesuita integrado**, noviembre 1972, páginas 3 y 4.

en la fidelidad a los valores reales de la vida: el trabajo, la profesión, el encuentro con los demás, los compromisos sociales, la justicia, etc. Solamente a través de los hechos de la fe, la esperanza y la caridad, encarnadas y vividas, podrá crecer su fe personal en Cristo y su inserción en la Iglesia. Rechazará instintivamente lo contrario. A partir de verdades abstractas, dogmáticas, preceptos y normas es inútil pretender que el joven de hoy abrace una vida de permanente conversión cristiana.

2. El pragmatismo de la sociedad tecnológica y su afecto en la vida y religiosidad del joven.

Aquel que participa y acepta la sociedad técnica tiene conciencia de poder resolver, mediante esta misma técnica, los problemas que plantea la realidad. La juventud nace en este clima de la sociedad tecnificada y participa de esta mentalidad pragmática, que es una consecuencia inmediata del espíritu técnico. Esta mentalidad toma como uno de los criterios de verdad el valor práctico: estima y valora aquello que es eficaz y que tiene éxito. La eficacia es el criterio que rige y sintetiza la acción humana tecnificada. A partir de este criterio pragmático de eficacia, y como consecuencia de él, el hombre y el joven viven una relatividad valorativa de la realidad y, asimismo, una valoración funcional del mundo y de los hombres. De ahí que el joven, como fruto de esta mentalidad pragmática, tendrá prevenciones contra todo lo que se le quiera imponer como un valor absoluto.

Por otra parte, los nuevos descubrimientos, tanto en cantidad y en calidad, como una y otra vez hemos repetido, le manifiesten hoy con claridad lo profundamente ligada que ha estado al tiempo, a la historia y a la cultura la explicación de la realidad y cuántas veces se ha presentado como valor absoluto y como hecho religioso lo que nuevos descubrimientos han manifestado ser relativo y hechos explicables, no por religión, sino por la ciencia. Lo que la ciencia en ciertos tiempos no podía explicar trató de explicarlo la religión de una manera interferente. El joven descubre e intuye estas interferencias y los consecuentes desplazamientos de lo religioso. Estos hechos le confirman en la consistencia del espíritu pragmático en la vida y, en especial, en su efecto relativizador de lo religioso.

En este contexto, una fe que trata de suplir la eficacia humana; un espíritu de oración como recurso a poderes superiores, que desplacen el compromiso personal y comunitario del hombre en hacer cambiar la realidad; un Dios funcional, «tapa-agujeros», o una doctrina que prematuramente se lanza a dar explicaciones religiosas a dimensiones que el mismo Dios restringió sólo a una respuesta humana, encontrarán en el joven, instintivamente, un ad-

versario, muchas veces silencioso, pero un acérrimo adversario, o si se prefiere, un escéptico. No serán éstos los caminos para ayudarle a crecer en su fe.

El espíritu pragmático descubre la dinamicidad, la evolución y la fluidez de la vida, y, consecuentemente, es muy consciente del sentido relativo de todo lo que le rodea al hombre, y de que esta relatividad proviene, en gran parte, del poder que el hombre tiene hoy para modificar la realidad. Este espíritu pragmático no lleva necesariamente a la negación de todo aquello que se presenta como absoluto (sí lo hace en casos extremos); en su vertiente positiva tiende a purificar los falsos absolutos y a mantener con auténtica fuerza (y no con sectarismo irracional) aquellas realidades donde lo relativo no tiene cabida y que se imponen al espíritu clarividente y sano como una verdad total.

La constatación del sentido relativo de las opciones de las personas y de los grupos, juntamente con la conciencia de la dignidad de la persona y del valor central de la libertad, le abren al joven, y al hombre moderno, a una concepción pluralista de la vida. Esto supone que el joven necesita vivir en una intercomunicación humana y religiosa las diversidades personales y de grupo que son auténticas y legítimas, y a compartir una interdependencia de grupos físicos y morales diversos. Y quizá tengamos que ayudarle los adultos, con nuestro ejemplo, a mirar con respeto y aun con estima hechos y valores diferentes de los que nos son propios, ya que el joven tenderá, a pesar de su apertura pluralista, a ser intolerante.

Una presentación de la religión con un sentido ecuménico de participación real, no puramente teórico, atraerá profundamente al joven y le confirmará en su fe cristiana, como lo está demostrando palpablemente el movimiento ecuménico de la juventud en Taizé. Una fe religiosa de «gheto», suspicaz, atemorizada, cerrada a la intercomunicación, ya sea a nivel personal, entre laicos y sacerdotes, Pueblo de Dios y jerarquía, laicos entre sí o jóvenes entre sí, no tendrá sentido para la mentalidad de un joven, abierta y necesitada de la intercomunicación de hechos, valores y principios a todos los niveles.

3. El sentido innato de la libertad del joven.

El poder de acceso que el joven tiene a la información a través de los medios de comunicación de masa, la escolarización prolongada, que en todas partes tiende a ser más generalizada, y la certidumbre que tiene el joven de que sus conocimientos serán

los que le permitirán integrarse eficaz y prósperamente en la sociedad, suscita en los jóvenes una gran apetencia de saber. Esta apetencia de saber lleva consigo una elevación del nivel intelectual, les hace a los jóvenes reflexionar intensamente y agudiza el sentido crítico, connatural ya en ellos.

En este contexto vital de amplia información, elevación intelectual, deseo de saber y sentido crítico, se sitúa su despertar más pleno y consciente a la libertad, como categoría esencial del ser y del obrar del hombre, y que el joven la comienza a vivir de una manera nueva, con más plenitud y radicalidad, en esta época de su vida, tanto por una maduración psicológica de su ser personal, como por la experiencia, más comprometida, de su inserción social.

La fuerte captación de este valor supremo de la persona, la libertad, hace que el joven tenga una especial actitud ante la autoridad, cualquiera que ésta sea, civil o religiosa. La autoridad es admitida por el joven, pero siempre dentro del contexto vital en que se sitúa para él la libertad. Es decir, la potestad que tiene una persona, moral o física, para mandar y que a su vez se la obedezca, es un principio que el joven admite, pero que no puede aparecer como contradictorio frente a la responsabilidad libre e intransferible de la persona. Esto nos muestra que la valoración del principio de autoridad se puede dar y de hecho se da desde distintos ángulos: para la persona educada en la sociedad preterita el valor primordial reside en la persona que manda. Bastaba que una persona fuese constituida en jefe político, padre, patrón, sacerdote, etc., para que sin más tuviese el derecho de ser obedecido. Para el hombre y el joven de la sociedad tecnológica, la persona que manda es tenida en cuenta, pero el acatamiento de lo mandado no residirá en la persona o el sistema que manda, sino en el buen sentido y el contenido de lo mandado. En caso conflictivo, el joven dará prioridad no a la persona o al sistema que manda, sino a las exigencias de su propia conciencia y vida, a partir de su sentido crítico, que le impelen a analizar y ponderar el contenido de lo mandado. Será normal entre los jóvenes, por esto mismo, el rechazo de todos los totalitarismos y formas dictatoriales de autoridad—ya sea ésta civil o religiosa—que no respeten la libertad personal.

Desde esta sensibilidad agudizada y radical, el joven de nuestros días, casi de una manera mecánica, someterá a contestación todo tipo de autoridad que quiera imponérsele a título personal o ideológico-doctrinal, que pretenda obligarle a cumplir lo mandado, sin ser sometido, previamente, al análisis y la crítica de la opinión de aquellos que están implicados en lo mandado.

Este contexto vital condiciona fuertemente la imagen que el joven tiene de la Iglesia como institución y sus relaciones con ella. El ejercicio de la autoridad eclesial, el estilo de mandar e impo-

nerse, de ejercer la normatividad, etc., inciden directamente sobre esta sensibilidad juvenil.

Una tensión interna, que arranca del aprecio al valor central de la libertad, como potenciadora de todo lo humano, le hará menospreciar las imposiciones externas que se le quieran exigir en nombre de la religión o de la fe. Para el joven, ambas realidades, religión y fe, sólo tendrán valor real cuando nazcan dentro de su ser, de su opción libre por ellas, no cuando le sean impuestas desde fuera por normas, leyes o sanciones. Esto hace que su comportamiento respecto a las prácticas religiosas, por ejemplo, o su concepto de culpabilidad, presentan grandes anomalías, aun en las minorías sinceramente creyentes, con respecto a nuestros cánones de la normatividad tradicional.

4. El joven dentro de la nueva relación hombre-mundo en la sociedad tecnológica y su fe.

4.1. La reconstrucción de la Naturaleza, la sociedad y el hombre.

La relación hombre-mundo en la sociedad tecnológica no termina en un dominio instrumental de la Naturaleza, como aconteció en la sociedad industrial tradicional, sino que el hombre se sitúa de un modo distinto ante su obra técnicamente elaborada. Tiene conciencia de **analizar y sintetizar** el mundo según **unos modelos que pasan por el cerebro del mismo hombre** y no están dados en el mundo natural. La sociedad técnica donde nace el joven es una sociedad de construcción; el hombre construye, crea, por decirlo así, una Naturaleza «artificial», y en esta nueva Naturaleza y determinado por ella, el joven y su espíritu nacen, se encarnan y se desarrollan en un nuevo mundo.

Dios creó la tierra, el cielo, el agua, los árboles, lo que hemos llamado Naturaleza. El hombre de hoy, tomando de esta gran materia prima natural sus elementos manifiestos y no manifiestos inmediatamente, **crea una nueva síntesis** y construye el asfalto, las carreteras, los aviones, la radio, los parques llamados naturales, los partidos políticos, los satélites artificiales, los supermercados, la televisión, etc. Este nuevo mundo es en el que el hombre vive (o quizá desea vivir). El mundo natural pasa a ser como un gran depósito de materia prima originaria que está esperando la acción reestructuradora del hombre.

4.2. Unidad del conocimiento y de la acción del hombre.

Una de las realidades que se le imponen al hombre de hoy (y consecuentemente al joven) es la experiencia de que **no puede**

desligar su conocimiento de su propia acción y producción, en su doble vertiente material y espiritual. La acción técnico-científica del hombre penetra tanto en el mismo ser del hombre, y más aún del joven, que le reconstruye y transforma hasta en las realidades más finas del espíritu.

El hombre construye hoy el mundo a partir de su conocimiento y de su propia producción. Más aún, el hombre mismo es objeto de estudio de sí mismo y trata de formarse y, diríamos, recrearse a sí mismo en sus relaciones físicas, psicológicas y sociales. Los productos que el hombre construye, como la televisión o los satélites artificiales, son elementos que crean nuevas psiques, nuevas sociedades, nuevas juventudes, nuevos estímulos de vida, es decir, una manera nueva de existir. Cada éxito dentro del campo de la técnica se convierte, al cabo de poco tiempo, en una posibilidad nueva social o psicológica, rápidamente captada y vivida por la juventud.

En otras palabras, la producción de la sociedad técnica no sólo afecta al hombre en su vida externa, proporcionándole medios para vivir mejor, coches, televisión, aire acondicionado, alimentos congelados, etc., sino que esta producción afecta al hombre en tanto que ser anímico-espiritual y ser en relación con los otros o ser social.

4.3. La vinculación del hombre a su propia producción.

El hombre de hoy en todo su ser está vinculado a la realidad de la sociedad técnica. Esta vinculación del hombre a su propia producción afecta a sus dimensiones «externas» e «internas» (espíritu). El hombre se reconstruye en esta cultura técnica a sí mismo, y de hecho el pensamiento humano no puede prever por dónde irá y cuál será el hombre del futuro. La dificultad de hacer esta previsión proviene de que son los medios que produce el hombre (en la doble acepción de productos materiales y mentales o espirituales) los que determinan y modelan al mismo hombre; son los medios, no el fin, los que de hecho van determinando el proceso de transformación del hombre. Al no saber de qué medios dispondrá el hombre, no se puede saber hacia dónde marcha, ya que la ciencia no puede orientarse más allá de su propio proceso.

Esta es la causa de que aquellas teorías filosóficas, políticas o incluso teológicas que intentan **preconcebir este proceso** caen pronto en contradicción consigo mismas o en incapacidad e insuficiencia para dar sentido a este proceso.

El joven, que vive esta nueva relación hombre-mundo, ve al Cosmos como una realidad profana autónoma, desprovista de todo poder numinoso o divino y que es un gigantesco objeto, pero ya

bajo el dominio del hombre. Este mundo, como objeto dominable, lo concibe no por los presupuestos de la religión, sino por los presupuestos de la ciencia; no en función de algo diferente del mundo, sino en función del mismo mundo. Esta visión del Cosmos está abierta a una fe cristiana y no es enemiga de ella, antes al contrario, descubre y es consciente de la autonomía profana que Dios ha dado al mundo al crearlo y se ve con claridad que el Cosmos y Dios son cosas distintas y que no se confunden.

Este es el clima cósmico-antropológico que respira como aire propio la juventud de la nueva sociedad. Ofrecerle una teología humilde, que se interroga y busca el sentido de este nuevo hombre en su caminar incierto en la nueva sociedad a la luz de la fe (palabra de Dios y comunicación de Dios actual con el mundo), responderá a las exigencias de un joven y de un hombre que busca, en la incertidumbre, su sentido humano y religioso en la nueva vida. Ofrecerle unas seguridades religiosas que parten de una especulación teológica desenraizada y evadida del inseguro hombre de hoy y de la auténtica palabra de Dios, será convencer al joven de que la religión es alienante y está de espaldas a la vida humana. Una Iglesia que busca, que siente y vive las inseguridades del hombre; una Iglesia que a veces tropieza, porque, a pesar de tener el Espíritu de Dios, también carga con lo que es realmente humano, no desconcertará al joven, antes le confirmará en su fe; por el contrario, es una falsa seguridad, una imposible, hoy día, inerrancia de la iglesia militante, la que desconcierta a la juventud.

La reconstrucción y la transformación del hombre, de la que hemos hablado anteriormente, plantea para la juventud la necesidad de la reconstrucción de su mismo ser cristiano. Por eso, para el joven tienen más fuerza las hipótesis sobre el futuro, que los modelos (caídos en desuso para él) del pasado. El joven, como el hombre técnico, tiene conciencia de sentirse abierto y proyectado hacia el futuro; el pasado, humano y religioso, queda para él en una cierta penumbra y pasa a un segundo plano de interés. Vive, por tanto, en una tesitura de desarraigo ideológico-histórico. Ante las cuestiones **sin precedentes históricos**, que el hombre de hoy se plantea continuamente, experimenta que la sabiduría histórica heredada no le es suficiente, y con frecuencia no le sirve (y a veces es una rémora) para responder a las necesidades humanas, religiosas o no, que le exige e impone la sociedad científico-técnica.

Ante este espíritu de empresa y acción del hombre, ante esta proyección hacia el futuro y ante la conciencia de responsabilidad que tiene el hombre de configurar la humanidad y el mundo, el joven necesita en su vida religiosa y en su vida en grupo:

- Que la Iglesia responda y recoja los deseos del joven de una vida en grupo, pero no con las organizaciones esclerotizadas e inoperante que han fracasado ya en el pasado.

- Necesita una Iglesia que se muestre asimismo como comunidad; es decir, como un Pueblo de Dios donde todos son responsables, cada uno a su propio nivel, y todos están comprometidos; y donde los jóvenes puedan acusar lo menos posible el escándalo actual de los monopolios interferentes que se dan cuando unos estamentos cristianos anulan celosamente las responsabilidades de los otros.
- Necesita una Iglesia, como comunidad cristiana, comprometida con los riesgos de la comunidad humana en transformación: riesgos políticos, económicos, sociales y, cómo no, religiosos. En otras palabras, una Iglesia que participe de la situación conflictiva de la Humanidad en transformación, confirmará en su fe al joven por su participación en la vida real, en la historia de la salvación hoy. Una Iglesia sin conflictos será para el joven una Iglesia muerta.
- El joven necesita una Iglesia que se muestre no aferrada, volcada sobre los modelos del pasado (el joven—ciertamente en esto se equivoca—, pero no puede salir de su error) que no tienen ningún valor, sino abierta a los riesgos y a los compromisos con el futuro. Para el joven, el no afrontar el futuro y aferrarse y volcarse sobre las seguridades del pasado es una cobardía humana, es la expresión de una religión que descansa sobre seguridades humanas y no divinas, y en el fondo es una falta seria de fe en Dios; el lanzarse hacia el futuro comprometiéndose con la Humanidad es una valentía y una confirmación de la validez de la fe y de la seguridad en un Dios que actúa en la historia y en su pueblo creyente.

CONCLUSION

Hemos expuesto algunos condicionantes sociológicos de la vida cristiana del joven; no son exhaustivos, ni mucho menos; creemos, sin embargo, que podrán ser de utilidad a la comunidad cristiana adulta para comprender desde un ángulo socio-religioso y cristiano a nuestros jóvenes y ayudarles en el crecimiento de su fe.